

Sabino PEREA YÉBENES (coord.), *Erotica antiqua. Sexualidad y erotismo en Grecia y Roma*. “Monografías y Estudios de Antigüedad Griega y Romana”, 28. Madrid: Signifer Libros, 2007, 206 pp.

La labor de Signifer, orientada a la difusión de obras de investigación histórica y filológica sobre la Antigüedad clásica, nos ofrece en esta entrega de *Monografías y Estudios de Antigüedad Griega y Romana* una realización más en su prolífica andadura. Sabino Perea Yébenes, director de la colección, presenta (pp. 7-10) y coordina el volumen que, desde diversos enfoques, reúne siete sugestivos estudios de temática erótico-sexual.

El primero de ellos, “Aspectos de la homosexualidad femenina en Grecia y Roma” (pp. 11-62), a cargo de Juan Francisco Martos Montiel, se propone abordar un tema que, al margen de contar con escasa bibliografía específica, según el autor, ha sido (mal)tratado desde dos visiones extremistas: bien intentando encubrir el homoerotismo femenino con el sesgo de un pudor hipócrita, lo que ha empujado incluso a omitir y tergiversar los textos; bien derivando hacia el lado opuesto, igualmente distorsionado, de descubrir, en cualquier contexto, supuestas prácticas homosexuales entre mujeres.

Frente a quienes se excusan en la escasez de fuentes como alegato para justificar la imposibilidad de estudiar tal orientación sexual en la Antigüedad, la propia voz “lesbianismo”, concepto que evoca a la poetisa Safo, invita de nuevo a dirigir la mirada hacia ella. El tabú que envuelve al tema, concebido y expresado conforme a la ideología varonil dominante, explica que los testimonios antiguos sean a menudo imprecisos y confusos, pero no desdeñables ni tan parcos como para impedir que los investigadores hayan alcanzado fructuosos logros. Baste mencionar los trabajos de Calame, Dover, Cantarella, Krenkel... o los recientes estudios de Brooten, Halperin, Rabinowitz-Auanger, Butrica, etc. Gracias a tales aportaciones, señala el autor, hoy es comúnmente aceptada la homosexualidad de Safo, o nos resulta conocida la tradición que la hacía pasar por hetera homosexual. Sabemos también que el término “lesbiana” como sinónimo de “homosexual femenina” no se halla documentado hasta el siglo X.

Precisamente el estudio de la terminología aplicada a la mujer homosexual es el que permite al autor constatar con certeza la existencia de tal tendencia erótica en la Antigüedad. Términos griegos vinculados a ella son *gunaikera/stria*, *e(tairi/stria)*, *rrenoqhlanh/j*, *triba/j*, *gu/nandroj*, *andro/gunoj*, como lo fueron los vocablos latinos *frictrix*, *fricatrix*, *virago*, *viraginem*, *fututrix* o *fututor*. Otra fuente la proporciona el material mitológico: el especial afecto que Ártemis y Atenea comparten con sus ninfas, ciertas versiones míticas de Zeus y Calisto, de Leucipo y Dafne, o los ovidianos amores de Ifis y Yante, se constituyen en elocuentes testimonios del homoerotismo femenino. Ha contribuido además al conocimiento de la sexualidad femenina en la Antigüedad en las últimas décadas el exhaustivo análisis de las fuentes textuales: Safo, Anacreonte, Aristófanes, Asclepiades, Plauto, Fedro, Marcial, Juvenal, Platón, los dos Sénecas, Plutarco, Luciano, textos de magia,

astrológicos o médicos, así como abundante literatura cristiana; a las que ha de sumarse la información suministrada por documentos iconográficos tan explícitos como las pinturas murales rescatadas de las Termas Suburbanas de Pompeya.

Estos avances, sin embargo, no han logrado disipar ciertas lagunas en torno al lesbianismo en la Antigüedad. Martos Montiel centra su indagación en la oscura parcela de la relación sexual entre mujeres, planteando, más concretamente, si pueden verificarse prácticas de coito lésbico artificial. Sus aportaciones teóricas evidencian cómo incluso contemporáneos investigadores no han logrado zafarse de erróneas ideas que, sólo por aparecer en obras de tradicional prestigio como el *Manual de erotología clásica* de Forberg (recientemente vertido al castellano), se aceptan sin ser rebatidas para constituirse en generalizados prejuicios. Tal es la interpretación de la homosexualidad femenina bajo el prisma del tribadismo (Hallet, Brooten, Winkler, etc.), una desfasada concepción heredera de la mentalidad masculina, a menudo esgrimida para rechazar cualquier tipo de coito lésbico artificial, que Butrica, con acierto, ha considerado sólo un mito. A revelar los orígenes históricos de esta ficción, a desmontarla mediante pruebas médico-fisiológicas aportando documentos textuales e iconográficos que apoyan la posibilidad de prácticas lésbicas con artefactos diseñados y destinados a tal fin, dedica Martos Montiel un estudio que por su rigor y profundidad, apreciable en la extensa y actualizada bibliografía manejada, se erige en obligada referencia de los especialistas en sexualidad antigua.

El trabajo de Rosario Guarino Ortega, “El *Arte de amar* de Ovidio, *praecipuae artis opus*” (pp. 63-71), se encarga de recordarnos que si existe una obra de inexcusable mención en un libro de temática erótica no es otra que el tratado del sulmonense. Fruto de su madurez poética, junto a los más selectos versos de la elegía latina, la obra atesora valores literarios como el juego paródico que convierte a la retórica en estrategia seductora, o la velada intencionalidad de míticos excursos que, críticos con el entorno sociopolítico, acaso oculten la amarga raíz del destierro ovidiano. Enmarcada en una rica tradición de poesía didáctica, el *Arte de amar* representa el cénit de la preceptiva amorosa. Su éxito parece haber derivado de acertar a distinguir la peculiar psicología de cada sexo, factor clave para descubrir sus puntos de confluencia. Pero siendo ante todo un manual de seducción, el *Arte de amar* —sugiere la autora— no es únicamente eso. Sólo el numen poético que envuelve la obra podría explicar su universal e intemporal vigencia. Presintiendo quizás el destino de su *artis opus* y a modo de velada dedicatoria —es personal sugerencia— Ovidio dejó escrito: *quodque aliis opus est, hoc tibi lusus erit* (Pont. 4, 8, 74).

También de asunto literario es el trabajo de Marcos Ruiz Sánchez, “Humor y erotismo en Marcial. Tematización de motivos literarios en los *Epigramas*” (pp. 73-93). Tradición y originalidad se funden en el poeta de origen hispano Marcial para definir su personal estilo que, según el autor, se constituye en “modelo básico para el epigrama moderno” (p. 73). En contraste con Catulo, otro introductor del género

epigramático en Roma, Marcial no se implica con la realidad, sino que con distante socarronería se mofa de ella. Sustituye la invectiva personal por la descripción caricaturesca de personajes ficticios que, sin embargo, podrían figurársenos verosímiles atendiendo a sus expresivos nombres. Son “nombres parlantes”, como los de la comedia menandrea, que llenos de irónicas connotaciones permiten a Marcial encarnar ciertos vicios en un arquetipo humano, ridiculizando el pecado sin necesidad de aludir al pecador, de similar modo al que hiciera Teofrasto en *Caracteres*, o más tarde el genial Molière.

Humor y erotismo, dos aliados fundamentales del chiste moderno, continúan hoy sirviéndose del lenguaje procaz y la obscenidad, como antes Marcial de su distintivo *sermo vulgaris*. Pero la ingeniosa y perspicaz agudeza del poeta lo distancian de la mera vulgaridad, una convención del género simposiaco, resaltando su mérito literario. Bien ilustra lo afirmado el brillante comentario de Marcos Ruiz Sánchez a los libros III y XI de los *Epigramas*. No debe extrañar encontrar en estas composiciones distinguidas influencias: la de la comedia tradicional, sarcásticas contrapartidas a las sentencias de los rétores o el tópico uso de la parodia mitológica. Junto a tales recursos poéticos, escudándose en las licencias admitidas en los *carmina priapea* o el mimo, y jugando con la pícara complicidad del lector, diversidad de asuntos sexuales hallan cabida en estas picantes piezas que Marcial adereza con impúdica comicidad: la temática fálica, burlescamente asociada a la impotencia y la mutilación, la provocativa sexualidad del joven libertino y la chica fácil, la alusión a escabrosas aberraciones sexuales, o los chocantes y jocosos contrastes entre bellos efebos y viejos verdes, entre meretrices y castas matronas.

Pese a lo dicho, el autor opina que la visión de Marcial respecto al sexo debió ser conservadora, coincidiendo esencialmente con la de Juvenal en la sátira. Sus diferencias parten del distinto género que cultivan, pues sólo en el sentido amplio que tiene el término hoy, puede hablarse de sátira en el epigrama. Éste no se polariza tanto como aquella hacia lo moral, sino que, aunque los hay serios, el epigrama encamina más asiduamente su ambigüedad a provocar la sonrisa, cuando no la franca carcajada.

María Paz López Martínez con su trabajo “Erotismo y ritual en los fragmentos de novela” (pp. 95-119) nos regala un interesante corpus de documentos papiráceos, no sólo útil para el estudio del género novelesco desde la Filología Clásica, sino también valiosa aportación para cualquier rama historiográfica relacionada con la Antigüedad. Un breve repaso por la narrativa antigua aludiendo a los textos conservados más intrínsecamente novelescos, los de carácter sentimental, y otras ficciones escritas en prosa cuyo fin básico es el de entretener, permiten a la autora explicar la posición que ocupan estos fragmentos en el panorama literario de la época.

Detallando su datación (se fechan entre el II a.C. - IV d.C.), procedencia, e incorporando íntegro el texto griego original, así como su traducción y comentario, la autora presenta el conjunto de fragmentos bajo ocho epígrafes cuyo contenido se

resume en el elocuente título que les da entrada y que aquí recogemos: “Un episodio mágico erótico que cambia la historia: el sueño de Nectanebo (*PLeid. U*) y la vida de Alejandro”, “Un verdugo enamorado salva la vida a un condenado a muerte” (*PTurner 8*), “Un fantasma incita al suicidio a otro fantasma” (*PMich.3378*), “Un mago puede con todo menos con el amor” (*PMich. inv. 5 y PPalau Rib. inv. 152*), “Una diosa se le aparece a una madre angustiada para ayudarla a encontrar a su hijo” (*POxy. 417*), “Cómica aparición de Asclepio que provoca una confesión” (*POxy. 416*), “Yolao: falsa iniciación en los misterios de Cibele” (*POxy. 3010*) y por último, “*Feniciacas* de Loliano : Fantasmas (*POxy. 1368*), primicias eróticas, antropofagia, y mascarada” (*PColon. inv. 3328*).

Encontramos asociados en estos fragmentos los sugestivos constituyentes que explican, también hoy, el éxito de la novela, posiblemente el género literario más democrático, y el de sus igualmente populares adaptaciones cinematográficas. Estos ingredientes presentes en los textos son: el misterio, que media a partir de fantasmas, sacerdotes, magos, iniciaciones místicas, apariciones divinas, y, de otra parte, el erotismo, que se expresa en encuentros eróticos, filtros de amor, desfloraciones y orgías, adulterios e infidelidades, etc. Con palabras de la autora, que no olvida referirse a ciertos aspectos formales como el empleo de vocablos disfémicos o malsonantes, o el *prosimetro*, curiosa unión de prosa y verso, los fragmentos aportan “un rico retablo de prácticas y personajes extraordinarios y marginales comparables a los protagonizados por personajes de obras de ficción que se podrían etiquetar como *góticas* (o *negras*)” (p. 118).

Si en el estudio recién reseñado la investigación partía de documentos textuales, en el de Sabino Perea Yébenes, titulado “Exvotos sexuales. Una aproximación a la “medicina sagrada” antigua a través de la epigrafía griega” (pp. 121-150), son los documentos epigráficos y arqueológicos los protagonistas. Eros comparte ahora lugar con la “medicina sagrada”, que también da cabida a lo divino, pues como apunta el autor, la materia médica no se restringe al positivismo hipocrático de corte racionalista, la “medicina científica”, sino que —bien lo testifican los exvotos— integra aspectos religiosos y culturales, huella de la influencia de las culturas arcaicas próximo-orientales, Egipto y Mesopotamia, en el mundo grecorromano.

El autor brinda al lector, perfectamente clasificado, el abundante material documental que representan estos exvotos o populares ofrendas. Con ellas el devoto procuraba atraerse la curación divina (*pro salute*), o agradecer a la divinidad por interceder en la curación de sus males (*post salutem*). Por otra parte, esta profusión de exvotos, cuya reproducción resulta muy útil para ilustrar el tema, son muestra del interés que la temática sexual ha suscitado siempre.

La exposición se articula en tres secciones. La primera versa sobre “Exvotos anepígrafos (y epígrafos) en santuarios occidentales”, procedentes de primitivos santuarios y de temprana datación (VI al II a.C.), que sólo más tardíamente, en época grecorromana (I a.C. - I d.C.), presentan inscripciones. Consta de tres subapartados: “exvotos etrusco-romanos”, donde destaca la representación de

vísceras (entre otras y por ceñirnos al tema, pechos, vaginas o úteros), que ha de relacionarse con el desarrollado arte de la *haruspicina*; "exvotos galo-romanos", a veces consagrados a la diosa fluvial Sequana; y, por último, los "exvotos ibéricos", de los que podrían recordarse las priápicas figuras de guerreros del santuario de Nuestra Señora de la Luz (Murcia).

El segundo bloque se dedica a "Exvotos sexuales epígrafos en santuarios griegos" (IV a.C. - II/III d.C.), más escasos y tardíos en el Occidente mediterráneo. En el apartado "Dafnis y el Altísimo" se alude a piezas que representan rostros femeninos sexuados o sexos facificados, de probable función apotropaica y en relación con la infernal Hécate-Ártemis. "Senos femeninos... curados", dedicados a Zeus, Asclepio o Ártemis, y "exvotos sexuales masculinos" cierran la sección.

La tercera y última parte trata de las *sanationes* o *iamata*, relatos de curaciones milagrosas grabados en piedra. Estos documentos epigráficos responden al interés propagandístico de afamados santuarios-hospitales sitios en el orbe griego, donde se descubre el salutífero poder del agua, o la técnica médica que, por mediación divina, permite recobrar la salud al paciente colocado en posición yacente (*e)gkoi/mhsij/incubatio*). El prestigio de los centros sanitarios helenos puede seguirse en el rico ajuar votivo perteneciente al Asclepeion de Corinto, pero sobre todo en el esplendor del santuario de Epidauro, consagrado igualmente a Asclepio, de cuyas irradiaciones aún en el siglo II se hacía eco el trotamundos Pausanias. El Asclepeion de la Isla Tiberina al que alude Ovidio en *Metamorfosis* y que el autor interpreta como una "sucursal epidauria", junto a la presencia de otros dioses médicos griegos en la Ciudad Eterna, por ejemplo Apolo y Minerva, dan fe de la impronta helena en la medicina romana, influencia basada en las prodigiosas propiedades curativas que dieron fama a sus templos.

Mercedes López Pérez es la autora del estudio siguiente "La hipersexualidad masculina como patología en la literatura médica grecorromana" (pp. 151-165), también en torno a la medicina de tipo sexual pero ahora desde un enfoque científicista. En la introducción se anuncia el objeto de estudio, la satiriasis, una patología vinculada a la hipersexualidad masculina cuya raíz etimológica la vincula con el lascivo priapismo de los sátiros. Para ello se procede al análisis de las fuentes antiguas alusivas a este mal, recogidas al final como *corpus* documental junto al texto de un autor moderno (*Anonymi Medici*, Areteo, Galeno, Sorano, Celio Aureliano, Rufo de Éfeso, Oribasio y Pinel).

La causa de que la satiriasis sea relacionada con la mujer por Gourevitch, investigadora coetánea sobre el tema, deriva de Sorano y Celio Aureliano que la definen como inflamación uterina. Tal explicación es inaceptable para Areteo que, igual que Galeno, la juzga una afección del pene, interpretación fisiológica ésta, como la de Rufo y Oribasio, que la sitúan en los vasos espermáticos. Areteo, sin embargo, coincide con Sorano, Celio Aureliano y Rufo, en admitir ciertas disfunciones psíquicas como síntoma de la enfermedad, lo que concuerda con la moderna psicopatología. Ya Pinel, en el s. XIX, definía la satiriasis como una

neurosis genital masculina, reservando la voz “ninfomanía” para la femenina. Hoy, para aludir a ciertas erotomanías, la nosología, rama médica que clasifica las enfermedades, acude a términos clásicos evocadores del mu=goj, acuñados en el lo/goj de quienes cimentándola, contribuyeron a su desarrollo.

Cierra el volumen el estudio “*Leda y el cisne en el mosaico de Complutum* (s.IV-V). De la libre representación erótica clásica a la censura moral de la apologética cristiana” (pp. 167-2006), de Ángel Urbán. Sus páginas iniciales sitúan al lector ante un célebre amor mítico: el de Zeus metamorfoseado en cisne para unirse a Leda. Ningún otro motivo ha inspirado a más artistas desde la antigüedad griega. La escena mitológica, abundantemente representada en los periodos helenístico y romano, y con reanudado éxito en obras renacentistas y barrocas (Miguel Ángel, Correggio, L. da Vinci), exhibe, a juicio del autor, un acento sensual en gran modo explicativo de su fortuna iconográfica. Pero ¿sólo cabe el erotismo en la formulación artística del tema?

Un capítulo de la favorable acogida del asunto de “Leda y el cisne” se encuentra en el arte musivo hispánico, si bien es cierto que de modo un tanto paradójico, dada la escasez de mosaicos con esta representación (sólo cuatro) en comparación al caso romano, donde es frecuente. El autor los describe y ofrece una panorámica del arte musivo en Hispania, lo que le permite contextualizar y presentar el objeto central de su estudio: el mosaico de *Complutum*, que se reproduce en cuatro ilustraciones. En él se representan de forma esquemática a los dos protagonistas del mito: a la izquierda, un cisne con las alas desplegadas, bajo el que se oculta Zeus/Júpiter, y a la derecha Leda, casi desnuda, que sugiere rechazar al cisne con su actitud. Sobre cada personaje, enmarcadas en guirnaldas y a modo de cartelas, figuran dos *inscripciones*: en la de la derecha se lee “LEDA”, y en la situada encima del cisne “ADULTERIUM / IOVIS”. La sagaz mirada del filólogo repara en estas dos últimas palabras —que podrían pasar a los ojos del arqueólogo o el historiador como un mero detalle identificativo— para llamar la atención sobre el significativo valor ideológico del que están impregnadas.

Más allá del erotismo, monopolizador del tratamiento iconográfico de “Leda y el cisne” hasta entonces, Ángel Urbán explica lo que permite estimar a este mosaico como una pieza sin igual en su género. La frase “*Adulterium Iovis*” supone una censura moral insólita en el arte antiguo, un juicio ético dirigido contra Zeus, el supremo rey de los dioses y, por ende, contra la religión, cultura y valores que representa. Difícil sería encontrar una acusación tan severa en los clásicos grecolatinos. Su crítico tono está en consonancia con el de “los apologistas cristianos en su polémico enfrentamiento con la religión pagana —griega y romana— ya desde sus primeros promotores, los apologistas griegos del s. II, enfrentamiento todavía muy vivo entre los siglos IV y V, fecha propuesta para el mosaico de Alcalá de Henares” (p. 181). Para ilustrarlo el autor nos aporta una rica recopilación de textos de apologistas griegos y latinos (Justino, Aristides, Taciano, Teófilo de Antioquía, Clemente de Alejandría, Tertuliano, Lactancio, Agustín y, por

fin, el poeta hispano Prudencio) donde no sólo se registran denigrantes epítetos condenatorios de la promiscua conducta de Zeus (moixo\j /*moechus, adulter*), sino de los innumerables vicios y crímenes que se le imputan: parricida (patrokto/non), injusto (a)/dikoj), *spurcus, infamis, atrox...*

Con todo, la crítica moral apologética no supuso un rechazo frontal de la cultura clásica. Aceptaron sus métodos literarios y estilísticos, su retórica, pero dotándolas del nuevo ideario ético cristiano. En fiel paralelo con ese diálogo intercultural, este mosaico da acogida a un tema mitológico en su expresión artística mientras, al margen de su representación erótica, juzga moralmente con severidad su contenido. Se trata de una obra comprometida, como el siglo IV que la vio nacer, un siglo envuelto en disputas teológicas y confrontaciones ideológicas, lleno de contradicciones y paradojas como la que implica su *inscriptio*. Los episodios, a veces extremadamente violentos, del conflicto entre el antiguo mundo pagano y el nuevo orden cultural cristiano parecen haber encontrado armónica solución, al menos, en la conciliadora expresión artística de ese mosaico de *Complutum*.

[ENRIQUE BENÍTEZ RODRÍGUEZ]

Angela Downing and Philip Locke, (2nd ed.), *Grammar of English. A University Course*. London: Routledge, 2006, 610 pp.

Introduction

The present handbook is a comprehensive update of the first edition with a slight change of the title. It is also the result of Angela Downing's long career of teaching English at the UCM. As the new orangish-red cover of the volume shows, it is she who is mostly holding the authorship responsibility, while the late Ph. Locke was her collaborator in some parts of it. Aimed at meeting the needs of both the graduate and postgraduate student, the book shares both a pedagogical and a theoretical orientation. This is no mean feat, since abstract grammar concepts are rigorously tackled by the authors (henceforth D&L), while their presentation is remarkably user-friendly.

As can be expected in a functional, discourse-bent on grammar, it is corpus-based, the student being required to reinforce theory explanations with actual, attested instances in a context of use, rather than with invented, isolated examples. The copious array of texts drawn both from the British National Corpus and from personal readings together with grammar exercises after each module are invaluable material for our students, badly needing practical study aid founded on authentic data. Nor are other scientific disciplines' needs to be scorned. As Halliday suggested as far back as 1984, when times were starting to be hard and university departments everywhere were faced with cutbacks and retrenchments of all kind, it would be good to remind ourselves that "nowadays, when the language is based on exchange of information, everybody seems to be studying language: sociologists, computer